



CARTAS CRUZADAS

Hoy traemos a esta página la opinión de un catedrático de la Universidad y un arquitecto, sobre la discutida remodelación de la Plaza de Belluga, en base al proyecto original de Rafael Moneo, presentado al Ayuntamiento de la capital.



ANTONIO DIAZ
BAUTISTA

Los obstáculos

HAY revuelo e inquietud entre el personal murciano por la anunciada remodelación de la plaza de Belluga. La gente, escarmentada por anteriores experiencias, teme que nos remodelen uno de los pocos lugares hermosos que quedan en nuestra destrozada ciudad, donde, a fuerza de remodelar, se ha conseguido uno de los paisajes urbanos más

anodinos y desafortunados de Europa. No cesan los comentarios en la calle y las cartas a la prensa criticando el proyecto. Quizás la autoridad competente tenga en cuenta estas opiniones, o bien opte por *mantenella* y no

enmendalla. Sobre gustos no hay nada escrito, y no falta alguna opinión favorable al proyecto. Sin embargo, me parece que nos equivocáramos si pensásemos que la oposición a la dichosa remodelación es fruto tan sólo del cerril inmovilismo y del culto nostálgico al pasado. No se trata, a mi entender, de que el común de los murcianos estemos *obsoletos*, como dicen los cursis. Es muy posible que los naranjos y la fuente, que ahora adornan la plaza, no sean obstáculos que empañen la hermosa desmesura barroca de la portada, sino dóciles acólitos que la sirven y reverencian.

El Barroco no es, como suelen enseñar los guías de turismo, la simple profusión decorativa, sino algo mucho más profundo y complejo. Sería vana empresa tratar de sintetizarlo en las breves líneas de un artículo periodístico. El Barroco suele mostrarse a través del artificio y la paradoja, y uno de sus tópicos es, precisamente, la captación de lo fugaz y lo efímero. Fue Quevedo, un genio del barroquismo, quien dijo, en dos estupendos endecasílabos, que "huyó lo que era firme y solamente/lo fugitivo permanece y dura". Velázquez por su parte gustaba pintar per-

sonajes en escorzo, como si estuvieran a punto de marcharse del cuadro. Este encanto por lo fugitivo nos explica la preferencia obsesiva del Barroco por la luz, por el agua y por los vegetales, es decir, por las cosas que apenas duran, que se escapan de las manos antes de que uno se dé cuenta.

Quienes más difícil lo tuvieron en el Barroco fueron los escultores y los arquitectos, porque las estatuas y los edificios son, por naturaleza, estáticos y permanentes; no producen, en principio, esa sensación de fugacidad aprisionada. Por eso buscaron con ahínco, y ciertamente con éxito, dinamizar las formas, dar sensación de movimiento. Lo conseguían usando sagazmente de mil artificios: ropajes de plegado intrincadísimo, cenefas de adornos vegetales, curvas que rompen y dislocan la rigidez del clasicismo, y, sobre todo, entrantes que jueguen con la luz. Quien observe la admirable joya barroca de nuestro Imafronete catedralicio, se encontrará con que, por momentos, parece que la generosa luz de la tierra se remansa en un alero, salta por los tejadillos y balaustradas; al poco empieza a rebosar, resbalando por columnas y hornacinas, se derrama en chorros por los mantos de las figuras, volatiliza las nubecillas y angelotes tallados en la piedra. La escenografía de la fachada es un cambiante mosaico de luces y sombras que apenas permanece quieto. Pero otro de los recursos artísticos que se usaron en el Barroco para dar movilidad a lo estático, fue la añadidura de elementos móviles. Hay que recordar ahora, como ejemplo que está en las pupilas de todos los murcianos, esos inquietos temblores que vibran estremecidos en la gran mañanica barroca del Viernes Santo: la palmera en la *Oración del Huerto*,

el paño de la Verónica, la espada de San Pedro, y tantos otros.

Por tanto esto es por lo que pienso que, cuando otros municipios de antaño decidieron plantar naranjos o poner una fuente en la plaza de Belluga, seguramente no reflexionaron sobre la estética barroca, pero, sin darse cuenta, acertaron con tales aditamentos apócrifos. Debieron intuir que los saltos diamantinos del agua estallando al sol y las hojas verdinegras del naranjo inquietas por la brisa, no eran obstáculos para el goce de la deslumbrante arquitectura catedralicia, sino al contrario, elementos móviles que contribuían a esa sensación de movimiento perpetuo, de piedra vivificada, que los alarifes dieciochescos quisieron imprimir a su obra.

Me parece que talar los naranjos, retirar la fuente y adoquinar la plaza no serviría para realzar la fachada barroca de nuestro primer templo. Eso estaría bien, probablemente, si tuviéramos un edificio clásico, sobrio y austero, de traza escorialense. Lo que me gustaría es que el dinero y el esfuerzo que se van a emplear en la obra se dedicaran a restaurar la fachada del Palacio Episcopal. El venerable edificio del Obispado, con sus pinturas exteriores, hoy casi irreconocibles, es el *bajo continuo*, el acompañamiento contrapuntístico del gran oratorio barroco del Imafronete. Si, aparte de esto, fueran capaces los arquitectos de sacrificar su creatividad y reedificar la fachada del edificio frontero, al menos, copiar una de las pocas casas murcianas que aún quedan, con balcones, y terrado, ganaríamos la plaza de Belluga como lugar de encuentro para la tertulia sosegada. No me gusta soñar con una plaza de Belluga vacía y adoquinada, sino viva y coleando, con mesitas para tomar un refresco en las tardes tibias,

mientras la disparatada arquitectura del gran retablo se dora con los últimos rayos del poniente, el agua de la fuente salta a la comba, y el azahar de los naranjos, como un cándido arcángel bienhechor, lucha contra la pestilencia luciferina que viene del cercano río.

Antonio Díaz Bautista
es catedrático
de Universidad.



desde hace más de una década. No deja de ser chocante con qué seguridad y desparpajo se emiten algunas opiniones, que han llegado a veces a compadecer y perdonar al señor Moneo.

Soy el primero en reconocer que el recambio de soluciones en plazas y edificios de Murcia ha sido muy desigual, y, curiosamente, en los para mí peores ejemplos ha habido un aparente consenso y mutismo. Ahora se detecta un tufillo de ajuste de cuentas con efectos retroactivos.

También somos muchos los que, antes de esta secuencia de alarmas, habíamos pensado en una solución a la plaza casi idéntica a la que nos ocupa, ya que no resulta difícil coincidir en algo que es elemental. Seguramente no me he pronunciado antes porque veía razonable que estos asuntos no se debían decidir de forma asamblearia, máxime cuando en casos como éste la alternativa es, insisto, tan sencilla y tranquila. Pero hoy he convenido en expresarlo.

De cómo se termine resolviendo la plaza no se derivará ninguna catástrofe para nadie; eso es seguro. Pero de no aprovechar esta oportunidad para rescatar su vacío original, habremos perdido la ocasión de disfrutar por mucho tiempo de un recinto urbano de excepcional calidad en las mejores condiciones. Tengamos, pues, confianza; que para poblar de nuevo la plaza no han de faltar, infortunadamente para mí, otros voluntarios en el futuro.

Juan Antonio Molina Serrano es arquitecto.



JUAN ANTONIO
MOLINA SERRANO

En primavera

PUES resulta que yo creo que el proyecto de Rafael Moneo para la plaza de Belluga está bien. Y está bien porque devuelve a la plaza una serenidad perdida tras la sucesiva aportación de elementos que han ido ocu-

pando el inicial vacío de este espacio barroco.

Hay que agradecer a Moneo que, lejos de caer en la tentación de dejar también el otro motivo palpable junto a la fuente o el escudo floral, se haya limita-

do a depurar el espacio e higienizarlo. Me hubiese encajado mejor cierto clamor popular, desde un plantamiento serio, si la operación hubiese sido a la inversa: invadir con algo el espacio de respeto que merece el Imafronete y para el que, no lo olvidemos, se diseñó la plaza. Sin embargo, la realidad parece ser otra, leyendo la prensa, y se demuestra una vez más de qué forma tan fácil la opinión pública (la que se viene manifestando) se identifica con lo ya depositado allí, con rasgos de cariño que me recuerdan al del coleccionista, o quizás como un ejemplo de *horror vacui*, tan propio de estas latitudes.

No creo ser, y lo he demostrado, un enemigo de árboles o de fuentes, pero pienso que la bondad de los elementos en sí no debe conducirnos a su

empleo indiscriminado en cualquier sitio. Sentiría que Rafael Moneo, en un intento negociador (?) por salvar la idea que aporta para la plaza de Belluga, claudicara en el resto de alrededores de la Catedral, incluyendo en ellos lo que elimina de la primera. El espacio de respeto merece ser mantenido en todo el perímetro.

Me atrevo a aconsejar a muchos opinantes que esperen a ver el proyecto de la plaza. Constarán que se conservan árboles, en una demostración de cómo la aparente radicalidad de una idea tiene aquí sus fronteras de diálogo. Creo que el tema importa, pero se está revistiendo de un alarmismo que choca con la tranquilidad de la solución aportada.

No obstante, lo que a mí puede preocuparme aún más es que las reiteradas manifestaciones en contra de una idea, muy apasionadas las más de las veces, por parte de quienes se detienen en la lectura más simple de las circunstancias, pueden malograr el acierto de una globalidad muy pensada, ofrecida con un compromiso serio de futuro por alguien que, en este caso, ha sido buscado en razón de su incuestionable profesionalidad, para sacarnos de un *impasse* en el que se encuentra sumida la plaza